Federico Zurita Hecht

NOSTALGIA DE LA MADRE MUERTA

I OLVIDO

TODO EL OLVIDO *9*
BIOLOGÍA DEL TEATRO *29*
CAMINO DE LOS MUERTOS *38*
NOSTALGIA DE LOS HIJOS *59*

II RECUERDA

TODOS LOS MAPAS *70*
NOSTALGIA DE LA MADRE MUERTA *87*

III DOLER

TODOS LOS PASOS *100*
ASTROFÍSICA DEL TEATRO *109*
TEATRO DEL ESPEJO *121*
NOSTALGIA DE LA VOZ SILENCIADA *132*

I

OLVIDO

TODO EL OLVIDO

Es 1950, y el olvido y el recuerdo parecen inaugurar una batalla que yo creo universal. Me excusa ser pequeño y no comprender que hay un límite entre mi ser y lo restante. Algún día comprenderé que el asunto es, apenas, acerca de mi olvido y mis engañosos recuerdos. Tres años de vida me bastan para que, mientras mi madre me toma en brazos, me sorprenda de no recordarla un día antes. ¿Dónde estuvo, dónde estuve yo?, en sus brazos, seguro, ¿seguro?, pero no recuerdo los hechos, como si, en mi egoísta visión, el mundo no hubiese existido si no lo recuerdo. Mi padre, en cambio, es como si estuviera por caerse del mundo y eso es quizás, en 1951, suficiente para que yo comience a especular acerca de la existencia de algo que pueda llamar «todo lo demás». Y entonces veo a mi padre pasar como un gigante, como un monstruo que podría derribar la fortaleza que construí con cojines o incluso destruir el mundo. Lo veo de espalda, alejarse, o creo verlo mientras la puerta de su taller de pintura se cierra ante mis ojos. Mi madre vuelve a tomarme en brazos y me dice, él está ocupado, pero ya va a venir a jugar contigo y tal vez te

haga un retrato. ¿Un retrato?, y me pregunto si ese hipotético retrato puede fijar una imagen de quién soy a los cuatro años o si algún otro realizado con anterioridad, sin que yo lo recuerde, me ofrezca hoy una imagen del mundo que he olvidado, un mundo en que mi madre y yo ya estuviéramos juntos antes de 1950. ¿Por qué no recuerdo nada antes de mi cumpleaños número tres?, me pregunto. Pero mi padre no pinta cuadros realistas. No es que yo con cuatro años, en 1951, crea entender en qué consiste el realismo y sus pretensiones ilusionistas al representar el mundo. Mis dibujos, palos, círculos y puntos distan mucho de ser realistas aunque yo crea que mi hoja de papel con trazos de lápiz se ha convertido en el mundo. Mi cuerpo no es cinco palos, mi cabeza no es así de inmensa y mis botas no pueden ser más grandes que el palo que simula ser mi torso, pero es todo lo que puedo decir del mundo, sin saber, por cierto, que eso es apenas lo que puedo decir. Mi padre, en cambio, pinta manchas sobre figuras complejas imposibles. Mi madre dice que lo que aparece en la tela es el torso de una persona y que sobre esta se superpone otro mundo con características diferentes del nuestro y que, así, deforma a la persona dueña de ese torso para verla como un ser de este mundo que se posa en ese otro mundo que no la admite como habitante. Hay violencia en esa forma de residir, agrega. No es el mundo, le dice mi padre a un hombre que vino a entrevistarlo para una revista. No lo es al menos en un sentido físico. Lo es, sin embargo, de otra forma. Es una idea del mundo, concluye. Es 1952 y quiero ver esas pinturas. Con cinco años planeo esperarlo y seguirlo a su taller. Quiero dibujar como él una representación que no

sea realista, quiero saber cómo hacer una idea del mundo y acceder a la idea de tiempos que no recuerdo mediante una imagen de este, y así, tal vez, saber cómo recuperar a mi madre antes de que naciera en mi memoria. Pero realismo, imagen y representación son palabras que no comprendo. Veo a mi padre pasar. O creo verlo, con su overol manchado con oleos, mientras la puerta de su taller se cierra ante mis ojos. Ni siquiera veo su rostro. Me pregunto si podría, acaso, dibujarlo y reproducirlo. Me pregunto si los dibujos reproducen algo ya construido o construyen algo nuevo. Pero mis preguntas aún no tienen sentido. Mi madre me toma de la mano y me lleva a estudiar. Me ayuda con las tareas de Ciencias Naturales. Me dice que tengo talento para ese ramo, y recuerda que ella también lo tuvo, que podría haber sido profesora. Su padre primero, y luego mi padre, algo no le permitieron. No termina de contarme. Sin embargo, ella es una profesora. Yo, con seis años, soy su único alumno. Es 1953 y me saco un 7,0 en Ciencias Naturales. Mi madre me dice que le muestre la nota a mi padre. Lo espero afuera de su taller antes de que se pierda en su interior. Lo veo pasar. Realmente lo veo. Es grande y atemoriza con su paso decidido. Es fuerte solo porque no desea seguir siendo débil. Algo duele en su fortaleza, aunque es capaz de destruir cualquier obstáculo que se interponga en la premura de su recorrido. Quiero seguirlo, pero temo ser uno de esos obstáculos que pueden ser destruidos. Doy un paso, pero la puerta de su taller se cierra ante mis ojos y mi padre vuelve a perderse. Mi madre me lleva a pasear al parque. Me subo al resbalín y al llegar abajo conozco a la Sandra. Con siete años, me deslumbro con los ojitos chinitos

de una niñita de mi edad, enmarcados por unos lentes de marco grueso que se le caen a cada rato y que debe empujar con su dedo índice sobre su nariz. Quiero explicarle que es mucho peso para una cara tan pequeñita. Y bonita, quisiera agregar. Pero no me atrevo. Me quedo en la demostración de mi conocimiento en las leyes de la física. Soy tan bueno en Ciencias Naturales que, con sólo ocho años, ya distingo entre física y biología. De química aún no sé, pero mi madre dijo que me enseñaría en su momento. Mi padre permanece detrás de la puerta. Ya ni siquiera alcanzo a ver cuando la cierra. Se hace cada vez más fuerte. Se hace cada vez más débil. Mi madre, sin embargo, me induce a esperarlo para que me vea vestido como un señor en miniatura, listo para ir al cumpleaños de la Sandra. Pero no sale. Mi madre me lleva al cumpleaños. La Sandra, que cumple nueve años, corre con un ejército de niñas y niños. Me dice que la acompañe. Mi madre se da cuenta de que no quiero. Me saca el chaleco y la camisa. Debajo llevo una camiseta. Por fin ya no me veo tan ordenado. Me veo juvenil y corro junto a la Sandra. En casa escucho por primera vez que mi padre y mi madre discuten. No sé lo que dicen, pero alcanzo a distinguir que ella intenta explicarle algo y que él preferiría que se callara. Tengo diez años y el asunto se ha vuelto habitual. Ella insiste, habla de ir a la universidad. Él le contesta sobre cuál es el lugar de la mujer. Qué clase de artista eres, le dice ella, que piensas de esa forma. El mejor, le responde él, y ya deja esas caricaturas sobre lo que se dice que las mujeres pueden hacer y sobre lo que se dice que los artistas deben pensar. Mi madre está triste. Sólo cuando me enseña Biología, Física o Química parece no

estarlo. El resto del tiempo está pensativa. Tengo once años y la veo absorta, pero también cansada. Parece enferma. Tengo doce años y la veo como si estuviera en otro lugar. Ya no discute con mi padre. Luego enferma. Todo es rápido. Dolor, agotamiento, debilidad, dolor, desorientación, postración, dolor, sopor, obnubilación, dolor. Ya casi no abre los ojos, ya casi no se mueve, ya casi no habla. Aún no cumplo los trece años y estoy en el funeral de mi madre. La Sandra está a mi lado todo el tiempo. Mi padre no llora. No sé si es fortaleza o debilidad. Recibe a la gente, escucha sus palabras y contesta con rigidez facial. No sé si está resistiendo o cediendo ante el dolor. Al volver a casa, antes de que mi padre cierre la puerta de su taller ante mis ojos, yo cierro la de mi dormitorio ante su paso taciturno. Estoy en mi casa, pero extraño mi casa. Aún no sé explicar bien qué significa esto. Sólo sé que este fue un lugar distinto cuando yo tenía tres años, e incluso antes de eso, en ese tiempo que no logro recordar en que probablemente todo debió ser más sólido. No sé por qué estoy tan seguro de eso. Es 1960. Estudio Biología encerrado en mi dormitorio. Me sigue gustando la Física y la Química, pero, como mi madre, prefiero la Biología. Le enseño a la Sandra. Ella me enseña Lenguaje e Historia. Pese a faltar al colegio, mis notas en Biología no bajan. Tengo trece años y ya sé cómo completar lo que no me enseña la profesora. Mi madre no me enseñó sólo datos. Me enseñó también a obtener los datos. No dejo de faltar. Camino solo por el centro en horario de colegio. Veo a mi padre salir de la librería. Es grande y fuerte, pero comienza a verse débil ante el peso de su cuerpo. La bolsa en su mano es pequeña y liviana, pero

parece una carga excesiva. Debe llevar oleos y pinceles. Desde antes de verme avanza en la dirección que lo pondrá frente a mí. Cuando cruzamos miradas no se detiene. Está a más de quince metros de mí. Su rostro no cambia de expresión. ¿Sufre o es indiferente a la tristeza?, me pregunto. Sigue imperturbable. Mi corazón se acelera. ¿Qué hago?, me pregunto. Sudo, incluso. Miro a otro lado y corro. Corro asustado. Pienso que me sigue, que corre, que su rostro imperturbable se llena de ira, que sus pies pesados, pese a estremecer el mundo con cada paso, se vuelven ágiles y veloces. Pero nadie me da alcance. Comprendo que corro solo, pero no me detengo. No sé dónde ir. A casa no. ¿Y si me da un correazo por faltar al colegio?, pienso, pese a que nunca lo ha hecho. Ni siquiera me ha dedicado un regaño. Y, sin embargo, le temo. Es un hombre grande que podría destruir cualquier fortaleza a la que yo le diera forma. Me voy a la casa de la Sandra. Quiero explicarle lo que pienso pero me faltan las palabras. Ella intenta comprender. Se esfuerza. Me esfuerzo. Fracaso. Me quedo en silencio. Permanezco con ella hasta que anochece. Cuando vuelvo a casa me parece un lugar extraño. No es primera vez que lo siento. Ya adentro, veo que la puerta del taller de mi padre está abierta. Muy probablemente me escucha, pero hago un esfuerzo para confirmarlo. Toso. Vuelvo a toser. Veo su mano asomarse para tomar la manilla de la puerta de su taller y cerrarla por dentro. Antes de encerrarme en mi dormitorio voy a la cocina por un vaso de leche. En la soledad junto a ese vaso, pienso en mi madre. Con catorce años, me acostumbro a desayunar, almorzar y tomar el té solo. Mi padre cierra una y otra vez la puerta de su taller ante

mis ojos. Cuando sale, tarde en la noche, yo cierro la puerta de mi dormitorio ante los suyos. No alcanzo a ver en su expresión si eso le importa. A mí tampoco me importa. La Sandra me va a buscar para que vayamos al cine y luego a caminar, pero no le abro la puerta. Me quedo estudiando Biología. La Sandra me va a buscar para que la acompañe al teatro, pero no le abro la puerta. Mi padre en su taller ni siquiera escucha. La Sandra me va a buscar para que estudiemos Historia, pero no le abro la puerta. La Sandra me va a buscar para que le enseñe Biología, pero no le abro la puerta. Tengo quince años. Todos en el colegio hablan del mundial de fútbol. Ni a la Sandra ni a mí nos gusta. La busco en el patio para dejar de escuchar los pronósticos de mis compañeros sobre quién será el campeón, quién el goleador y cuántos goles hará Pelé. La veo de lejos caminar de la mano de un estudiante del último año. Él tiene el pelo largo, casi tan largo como ella. Los veo besarse. Me voy. La Sandra ya no me va a buscar. Mi padre cierra la puerta de su taller ante mis ojos. Yo cierro la puerta de mi dormitorio ante los ojos de nadie. Vuelvo a abrirla, tengo dieciséis años. La puerta del taller de mi padre permanece cerrada. La Sandra ya no golpea mi puerta hace un largo rato. Tal vez esta no es la casa que fue y, confundida, va a golpear a otra dirección, supongo cuando cumplo diecisiete años. Me siento ridículo con tal idea, pero no me parece absurda. El día en que mi madre murió, esta casa comenzó a cambiar porque se vino abajo, aunque a algunos descuidados en la mirada les parezca la misma. Sólo ahora comprendo que debí evitar que se derrumbara y que debería hacer algo para restaurarla. Si esta casa fuera como cuando

yo tenía tres años, todo sería sólido como entonces, especulo. ¿Y si todo fuera como un día antes? No recuerdo nada antes de mis tres años. Si fuera posible recordar y, tal vez, reproducir ese tiempo olvidado, muy probablemente todo volvería a ser inmodificable, especulo. Es 1965 y estoy matriculado en el primer semestre de Licenciatura en Biología. Sobresalgo. El Rodolfo, el Mario, la Alicia y la Inés me buscan para estudiar. También para ir al bar sin nombre al frente del campus. Le decimos el innominado. Ya de noche acompaño a la Alicia hasta el edificio donde está el departamento que arrienda con otras estudiantes de provincia. Un día vamos sólo hablando. Otro, ya de la mano. Otro, abrazados. Me quedo una noche con ella. Conozco a sus compañeras de departamento. Una de ellas viene del sur, igual que la Alicia. Se llama Consuelo. La otra del norte, de Puerto Azola. Se llama Mafalda. Llegan más invitados al departamento. Es lo habitual, me entero. Las compañeras de la Alicia hablan de sus ciudades, de cuánto echan de menos sus calles, su vida menos acelerada que aquí en la capital. Dicen que es como haber salido del útero al mundo, y que para ellas la capital es sólo para venir a estudiar. Dicen que cuando terminen la universidad van a regresar, como si la Consuelo y la Mafalda conocieran el modo de regresar dentro de sus madres. Pienso en lo que hablan. Comprendo que yo también anhelo algo así, un útero, una casa como la mía a los tres años, una casa antes de mis tres años, una casa que no recuerdo. Qué hay más atrás de ese primer día a los tres años. Quiero recordar y, claro, regresar a ese tiempo, al regazo de mi madre lejos de la muerte. Un estudiante de periodismo, amigo de quién sabe quién y que

asiste por primera vez a nuestros festejos, dice que efectivamente lo que define a la mujer es su útero. La Mafalda, que es quien formuló por primera vez en nuestras conversaciones la metáfora de la ciudad como la madre, no está de acuerdo con él y le advierte que ha entendido parcialmente lo que ella ha querido decir. El estudiante de periodismo dice, si la mujer no usa su útero está incompleta, irrealizada. La Mafalda lo refuta. Si pensamos en un útero como un refugio, pensamos en una mujer, pero no solo eso es una mujer, agrega la puertoazolina. La naturaleza ha dotado a la mujer de la maternidad y todas las actividades en torno a esta son propias de lo femenino, insiste el muchacho. Por eso la mujer es un hogar y a la vez es la encargada del hogar, concluye el sujeto. La Mafalda, impresionada, advierte que reducir a la mujer a su útero implica hacer desaparecer simbólicamente todos sus otros órganos, la totalidad de su cuerpo, pues su rol se restringiría a ser solo un mero refugio y sucede que un sujeto sin cuerpo no es posible. El estudiante de periodismo dice que la mujer tal vez no sea un sujeto y todos quedamos impresionados. La Consuelo apoya a la Mafalda. La Alicia se suma. Yo intento seguir la discusión pero me pierdo en la complejidad de los argumentos de la Mafalda y en la simplicidad de los del estudiante de periodismo. Ni siquiera sé dónde instalar un argumento que se sostenga en la biología. Recuerdo a mi madre y especulo en que, para mí, ella es un útero, pero también es mucho más que eso; ciencia, por ejemplo. Quiero decirlo de un modo que signifique un apoyo a la posición de la Mafalda, porque no quiero reducir el recuerdo de mi madre al de refugio y anular su existencia como sujeto. Sin embargo,

me quedo en silencio. Me alegro, de todos modos, de que la puertoazolina tenga más argumentos y triunfe. Me quedo dormido en la cama de la Alicia. Regreso a mi casa. Voy a la universidad. Vuelvo al departamento de la Alicia y llevo a mis amigos. El Rodolfo y la Consuelo se caen bien y se ríen de lo que se dicen. El Mario y la Inés comienzan una conversación aparte. La Mafalda llega con un estudiante de Música. Es el sujeto que vi en el colegio besarse con la Sandra tres años antes. Me entero de que su nombre es Camilo. Ahora tiene el pelo más largo. Me reconoce. Dice que me recuerda del colegio. Me cuenta, sin que le pregunte, que la Sandra estudia Filosofía, que aún son amigos. Vamos todos al innominado, al teatro y a la casa en la playa del novio de la Mafalda. Voy poco a mi casa, pero cada vez que voy, la puerta del taller de mi padre está cerrada. Voy más al departamento de la Alicia. Vamos al teatro, luego al bar y terminamos la noche todos en el mismo departamento. La Mafalda, la puetoazolina, estudia Antropología. Me cuenta que hace un trabajo sobre la importancia del mito en la construcción de la imagen de la realidad en su comunidad. Dice que tiene que ver con la tradición folclórica y con cómo esta incide en las formas de la cultura de una sociedad, que, en su comunidad, pese a pertenecer a nuestra misma nación, es diferente a la del centro y el sur. Lo que dice la Mafalda me parece poco científico. No digo nada. Muy probablemente yo esté equivocado. Lo que dice, sin embargo, me parece interesante y hasta bien argumentado. Su habilidad es narrar. Nos dice que en su ciudad se cuenta una leyenda sobre un camino cercano a la ciudad donde hay un lugar en el que los conductores pueden encontrarse al borde

de la carretera con sus parientes muertos pidiendo aventón. Lo llaman simplemente el camino de los muertos. Dice que hay quienes viajan especialmente para rencontrarse con ellos y llevarlos unos pocos kilómetros en sus autos. Dice que quieren hablarles, verlos a la cara una vez más. Dice que quieren decirles cuánto los extrañan, que quieren pedirles disculpas, que desean reprocharles algo, que esperan un consejo, una confirmación o un veredicto. Dice que algunos quieren sentirse niños otra vez, volver al lugar de donde salieron, ser lo primero que fueron, y que otros simplemente desean decir las palabras necesarias para cortar para siempre el lazo que los ata al pasado o, por el contrario, para fortalecer ese lazo y quedar conectados con fuerza con el pasado. Tal como lo cuenta, parece verdad. Pero la Mafalda sabe que es una creencia popular y su interés es científico, aunque yo no vea con claridad cómo sería posible esa comprensión. Me sorprendo deseando que sea verdad, y no salgo de mi ensimismamiento por largo rato. ¿Poder conectarse con el pasado?, repito en mi mente. Vamos al teatro, luego al bar y terminamos la noche en el departamento de la Alicia y sus amigas. Escuchamos música, hablamos de política y de teatro, hasta que mis amigos cambian de tema y me insisten en ir a la inauguración de la retrospectiva de la obra de mi padre. Ellos lo admiran por sus manchas sobre figuras complejas imposibles. Dicen que su forma de decir el mundo sin mostrarlo explícitamente es impactante. Me explican que hay un mundo en sus obras y que sus habitantes se esfuerzan para apenas poder habitarlo. Hay violencia en esa forma de residir, dice la Mafalda, y quiero decirle que le creo, pero me quedo en silencio

porque nunca he visto esos cuadros. Mis amigos dicen que mi padre es un intelectual bien valorado. Yo quiero explicarles que no conozco ese lado suyo, que para mí es alguien que podría destruir mi fortaleza con su fuerza que esconde su debilidad, y que quizás ya destruyó mi fortaleza, mi refugio, mi casa. Quiero contarles que alguien como la Mafalda, la persona joven más inteligente que conozco, lo consideraría un conservador si tuviera la ocasión de hablar con él, como si eso fuera un argumento en contra de la caracterización de intelectual que le han dado mis amigos. Pero no lo digo, porque en medio de la conversación reparo en que tal vez hay tipos de intelectuales y no todos estarán de acuerdo entre ellos. Pienso en que quizás mi padre sea un intelectual conservador. Recuerdo a mi madre enrostrándole ser un artista y pensar como un terrateniente. La recuerdo también arrepentida de haber dicho algo así como si fuera una ofensa, mientras le explicaba a su mejor amiga qué circunstancias y conflictos vivió mi padre. Mi abuelo era un agricultor. Tenía un pedazo pequeño de tierra que producía para sobrevivir y apenas para comercializar. Mi padre, que se crió en el campo, cerca de la capital, tuvo afición por la pintura desde muy pequeño quizás influido por su madre que de niña vivió en la ciudad. El asunto de pintar era mal visto por sus hermanos y primos, y principalmente por mi abuelo, especialmente luego de que mi abuela abandonó a la familia cuando mi padre tenía once años y mi abuelo, luego, se juntara con otra mujer. Hazte hombre, le decían sus hermanos, trabaja la tierra. Mi padre quiso ser más hombre que sus hermanos y primos, y se defendió a puñetes. Después, en la Escuela de Arte, ya instalado

en la capital, despreció a sus compañeros. Todos ustedes son una caricatura, decía, un artista no tiene por qué comportarse como ustedes, burgueses emplumados. Para mi padre la palabra «maricón» era una ofensa. Pero no la usó mucho. Nunca fue un hombre de muchas palabras y, casi en silencio, finalmente sobresalió más que todos sus emplumados compañeros de universidad. Ya viviendo en la capital, nunca buscó a su madre. El Rodolfo, el Mario, la Inés, la Alicia, la Consuelo, la Mafalda y el Camilo me arrastran hasta la inauguración de la exposición de mi padre. Yo, con diecinueve años, ya en 1966, lo veo por primera vez sociable y expresivo. Creo que gesticula. Creo, por tanto, que miente, o que la imagen ante mis ojos es falsa. Mi padre me ve a lo lejos, entre los asistentes. No se acerca. Yo miro sus pinturas. Recuerdo que antes las quise ver, buscar el estado del mundo que está presente en esas imágenes. Veo un mundo borroneado en sus contornos y, por tanto, agobiante. Pero como paradoja a ese borroneo, el agobio se presenta nítido en el ser que, en la imagen, habita ese mundo. Parecería un lugar de costumbres abyectas si pudiera identificar qué lo hace tan pesado y denso. Al centro de algunos cuadros se despliega una figura situada en una perfecta incomodidad. Sus bordes conviven en armoniosa disputa con el resto del mundo. No es la realidad. Es una idea de esta. Mejor miro a los asistentes a la inauguración. Veo a los padres de la Sandra unos metros más allá. Es automático, busco a la Sandra en algún lugar de la galería. No la encuentro. Sigo buscando. Veo a la Alicia, acompañada de nuestros amigos, llamándome desde lejos con un movimiento de su mano. Voy donde ellos. Veo que a pocos metros hay otro

grupo de personas en el que está la Sandra tomada de la mano de un sujeto con una barba frondosa. El Camilo saluda a la Sandra y a su acompañante, luego regresa a nuestro grupo. Finjo no verla. Debo admitirlo, el mundo ya no es como fue. Estoy tan lejos de casa. Por qué habría de saludarla. Mi amiga Sandra no va a regresar porque el hogar en que podía encontrarme ya no existe. La noche se hace demasiado larga. Terminamos la noche en el departamento de la Alicia. Terminamos la semana en el barrio que incluye al campus, al innominado y al departamento de la Alicia. Es 1967 y nos tomamos la universidad el mismo año en que, pocos meses después, vamos al teatro a ver *Nos tomamos la universidad*. Me pregunto qué facultad ofrece el teatro que permite que el mundo y la escena se asemejen a tal punto. Pienso. Me lo paso pensando en eso. No hago más que estudiar e ir al teatro. Reparo en la biología e imagino que, como esta, existe una segunda ciencia, otra biología que aún no entiendo, que duplica el mundo por el tiempo que dura una función de teatro. El Camilo me recomienda obras. Las veo todas y me pregunto qué prodigio trae al presente una y otra vez a Edipo, Ricardo III y a los romanos invadiendo Numancia. La Alicia se aburre y sigo solo. Es 1968, el final de la universidad, y la Alicia sólo estudia. Yo aprendo más rápido. Con veintiún años hago un esfuerzo mesurado para obtener, sin problemas, mi título de biólogo. La Alicia se despide de mí. Dice que no existen razones de peso que la mantengan retenida en la capital, que se va a su ciudad, en busca del útero. Dice que la espera un trabajo en análisis toxicológico en un hospital. Dice que los cuatro años que estuvo conmigo fueron divertidos. Repite varias

veces la palabra «divertido» entre medio de otras que dejo de escuchar. La dice como si no le sonara a nada. Se despide con un abrazo simple. Esa noche ya no duermo con ella. Me despide en la puerta de su departamento. Cierra la puerta ante mis ojos. El Camilo, el músico, y la Mafalda, la antropóloga puertoazolina, me acompañan esos días. Recibimos el año nuevo en la Ciudad Puerto. Es una gran noche. Saludo a la Giovanna por primera vez en 1968. Me despido de ella por primera vez en 1969. La Giovanna es compañera del Camilo en Música. Estudia piano. Sus carreras parecen eternas. Parece que nunca van a dejar de estudiar. Para la Giovanna el tiempo no se articula con plazos. Me dice al oído que desea quedarse a mi lado un rato. Cuánto dura un rato, le pregunto. Lo que dura estudiar piano, responde como si más bien hiciera una pregunta. Pienso en que posiblemente ella nunca podrá decir algo como, extraño la época en que estudiaba piano. Pienso, ¿la prolongación de un hecho es la forma de retener el presente en el futuro? Supongo que no, que ese hecho ostenta fases que se despliegan en el tiempo. El futuro, a la vez que es construcción, es destrucción. Sonrío, sólo un poco. No creo entender lo que pienso. Voy de la casa de la Giovanna al laboratorio en el que trabajo, y del laboratorio a su casa. Vamos a un bar con el Camilo y la Mafalda. No es el innominado. Es otro, menos ruidoso, mejor decorado, más limpio y más caro. La Mafalda me dice que va a regresar a Puerto Azola y que el Camilo, que ha optado por la pedagogía en música, se va a ir con ella. La Mafalda me cuenta que ha obtenido un puesto en el recién creado Departamento de Antropología de la Universidad de Puerto Azola. Me explica